

—Pues tu madre bien se ha vuelto á casar y hay en vuestra casa, á su lado, un hombre que no es vuestro padre.

—¡Oh, no es lo mismo... ó por lo menos no me causa el mismo efecto!

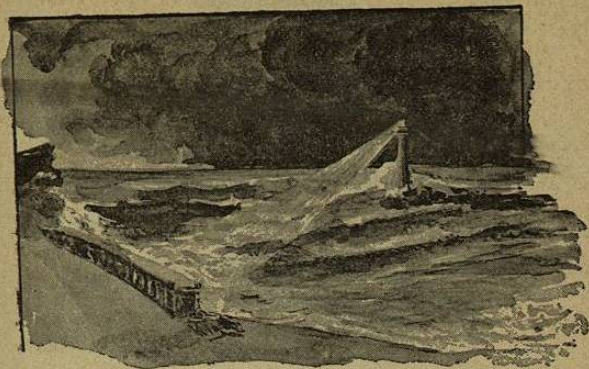
Fagan se echó á reir medio enfadado.

—¿Entonces, tu madre tenía derecho para volverse á casar y yo no? Me condenas á seguir viudo, á vivir solo, mientras que tú te casarás también y más tarde tu hermana... Todos tendréis un hogar menos yo... Así discurrís las mujeres.

Rosa se acercó más á él.

—Qué quieres, tengo celos... Desde el primer día he detestado á esa Mad. Hulín... Sí, la he detestado siendo tu..., siendo tu amiga; figúrate lo que sucedería si llegase á ser tu mujer!

Iba á contestar; pero se acercó Ninita y cambiaron de conversación.



VII

El viento soplabá tempestuoso por el camino de las Sanguinarias, contra el que se estrellaban las olas espumantes, formando un ancho ribete blanco al camino negro como la noche y más desierto que de costumbre. Ni una estrella en el cielo: el tumulto del mar rugiente é invisible se adivinaba al resplandor del faro que se hundía ó se elevaba, semejando un fósforo

tirado sobre la cresta de las olas y que por un milagro continuase encendido.

—¿Eres tú, papá?—preguntó á media voz una de las hijas de Régis al oír el ruido cercano que hacían los guijarros del camino movidos por un paso apresurado.

—Sí, hijas mías.

Le extrañó que hubiesen llegado antes que él á la cita; pero atribuyó esta precipitación á su deseo de permanecer junto á él más tiempo la última noche, puesto que se marchaba al día siguiente á la una á bordo del *General Sebastiani*.

—¡Qué mal tiempo vas á tener!—dijo Rosa estremeciéndose. Pero su hermana no quería enternecimientos y exclamó: —¿Quién sabe... de aquí á mañana?... Y cogiéndose al brazo de su padre continuó: Vamos á correr un poco... con este airazo no se puede estar quietos.

La tempestad la emborrachaba; obliga-

ba á su padre y á su hermana á correr como ella, al aire la cabeza, y se reía de la espuma del mar que llevada por el vendabal venía á salpicarla. De pronto se paró diciendo:

—Ya sabes, Rosa, que no podemos alejarnos mucho, tenemos que volver temprano á casa.

—¿Temprano?—dijo Fagan con inquietud.—¿Por qué?

—Tenemos ensayo general con trajes esta noche. Mañana es el estreno de nuestra charada.

Régis sintió que le subía la cólera á la cabeza; pero se contuvo porque quería que sus hijas guardasen de él un recuerdo tierno sin mezcla de disgusto, y se limitó á balbucear tristemente:

—Eso no está bien, precisamente la última noche.

Rosa exclamó:

—¡Pobre papá!

Y Ninita:

—Hemos llegado antes que tú, mi hermana puede decirlo... Hacía lo menos veinte minutos que te estábamos esperando.

Su hermana no contestó comprendiendo todo lo absurda y todo lo cruel que era aquella manera de regatear minutos. Los tres se quedaron inmóviles no sabiendo qué decir. Nunca se había sentido Régis de Fagan tan cansado como en aquel momento, en aquel camino obscuro y azotado por la tormenta, de vivir, de luchar y de disputar el cariño de sus hijas á aquella mujer. A todo hubiera renunciado, lo mismo á su odio hacia la madre que á su pasión por las hijas.

Su corazón de padre cesó casi de latir un momento y tuvo un minuto mortal en el que sufrió la angustia y la suprema

indiferencia de la agonía. Una caricia de Rosa, que parecía adivinar su pena, algunas frases habilidosas de Ninita le sacaron de aquel síncope moral, cuyo recuerdo conservó para siempre.

—¿Es verdad, Rosa mía, lo que dice Nina? ¿No es una invención suya para hacer menos penosa nuestra despedida?

—Sí, es verdad, papá. Remory tiene la promesa formal de que le darán una plaza de fiscal en Versalles, y entonces el matrimonio se hará en París y podrás tener á tu hija á tu lado.

—Eso sin contar con que al primo lo harán pronto Consejero de Estado, y por lo tanto iremos todos á vivir allí... Nos veremos muy á menudo... ¿Crees que no será agradable reanudar nuestros deliciosos almuerzos de los domingos?

—¡Oh, ya lo creo!—suspiró Fagan; y engañadoras ó reales, aquellas esperanzas

dulcificaron la separación, la despedida en aquella profunda obscuridad en que abrazaba á sus hijas sin verlas.



Rosa había acertado. Cuando se embarcó al día siguiente, cayendo una lluvia menuda que se mezclaba con la espuma pulverizada, el mar estaba imponente, furioso hasta en el fondo del puerto, la escollera cubierta por las olas y los muelles inundados por grandes masas de agua que se extendían hasta las casas, en donde se refugiaba la gente corriendo y riendo.

Buscando un refugio entraban en el puerto barcos de todas clases, de vela, vapores, coraleros, lanchas de pesca; algunos de ellos con averías, todos huyendo del temporal, de la horrible batalla de los vientos contra las olas y cuyo continuo

cañoneo se oía á lo lejos; y en la rada se veía adelantarse lentamente un inmenso trasatlántico que, llevado sobre las olas enormes, parecía que estaba en el aire, más alto que los tejados.

Cuando un barco de aquel tamaño se apartaba de su rumbo, bien podía, sin avergonzarse, aplazar para otro día su marcha el *General Sebastiani*; pero para esto hubiera sido preciso que lo mandase otro que no fuese aquel hombrecillo negro y enjuto cuya cara parecía la cabeza de un pavo de perfil que paseaba rabiosamente por el puente, apretando con los dientes el tubo de su pipa roja que hacía más ruido que la chimenea del vapor y que no respondía á los asustados viajeros que acudían á él más que: «que se embarque el que quiera, yo *me largo con los caballitos*.» Unos cuarenta caballos corsos que llevaba á Marsella, trabados en el

entrepunte descubierto y que ya relinchaban de miedo.

Fagan que conocía el mar porque había hecho varias veces la travesía de la Isla Borbón, pensaba con gusto en este viaje á semejanza de las gaviotas, con un ala en la espuma y la otra en el aire; además la tristeza que sentía, la soledad en que se encontraba y que aquel día le hacía sufrir más que de costumbre, le había hecho llegar á uno de esos momentos en que se busca con placer el peligro, y más que cualquiera otro el peligro que proviene del elemento que da más grandiosidad á la muerte, que la hace impersonal, como una especie de desaparición en la boca sombría de una visión apocalíptica... Por eso, mientras la mayoría de los viajeros inscritos aplazaban su viaje, él se instalaba en el mejor camarote de 1.^a clase y al oír que la campana de proa sonaba como

á lo lejos porque el huracán esparcía sus sonidos, subió sobre cubierta.

Los bulliciosos muelles, las casas sombrías, la blanca garita de la escollera, todo huía, pareciendo cada vez más pequeño y según avanzaba el barco por la rada más ancha, las olas se iban haciendo más altas y más pesadas y el ruido de las rompientes se acercaba cada vez más. Pronto se vió destacándose sobre el cielo obscuro la peña rojiza de las Sanguinarias con el faro á un extremo y la torre genovesa al otro: y allá lejos debajo de las tintas verdes de los jardines de Barbicaglia se dibujaba un camino que parecía una cinta blanquecina que dibujaba la costa, reanimando en el corazón de Régis el tierno recuerdo de sus hijas y aquellas agradables noches que tan deprisa habían pasado.

¿Se acordarían en aquel momento de su

padre ó estarían pensando sólo en los trajes de la charada?... ¡Qué bonita estaría Rosa con su vestido de veneciana!



pues ¡y la carita de Nina entre los rasos de la infanta! ¡Qué pena no haber podido verlas desde un oscuro rincón aunque hubiese sido tan deprisa como los curiosos que van á ver bajarse de los coches á las señoras invitadas al baile y las admiran á su rápido paso á la

luz de las antorchas de la fiesta!

Un enorme golpe de mar interrumpió

bruscamente su meditación, inundando el puente y la cubierta de un extremo á otro, arrancando las banquetas y arrojándole de cabeza por la escalera sin darle tiempo á agarrarse al pasamanos. Un sacerdote y dos oficiales que formaban con él todo el pasaje, le ayudaron á levantarse y á secarse y después, como se dió la orden de cerrar las escotillas, tuvieron que quedarse mirándose unos á otros en el oscuro y enmohecido salón entre las palanganas que andaban danzando sobre los divanes. Había cesado la trepidación de la hélice: el barco se balanceaba pesadamente en medio de un silencio que asustaba. Un cocinero tan blanco como su gorra abrió la puerta y dijo agarrándose al picaporte: «Se ha roto el árbol de la hélice y se va á tratar de volver á la vela á Ajaccio.» Y lo trágico de la situación se completaba con el espectáculo que ofrecían la mayor

parte de los caballos que por la violencia de las olas habían tenido que ser arrojados al mar y que relinchando, luchando, sacudiendo las patas, trabados, formaban en la espumosa estela del barco un muladar movedizo y negruzco.

La noche empezaba, cuando gracias á una habilidad y una suerte milagrosa el *General Sebastiani* que había salido barco de vapor de Ajaccio, volvió barco de vela. Una neblina húmeda y gris envolvía la ciudad donde se agitaban luces, se oían cantares, gritos, tambores, petardos, trompetas, cuernos de caza y toda la batahola carnavalesca inherente á una noche de martes de carnaval italiana: y á toda esta estrepitosa algazara hacía el mar enfurecido un acompañamiento profundo y continuado. Fagan no sabía qué hacer, si quedarse á bordo entre la humedad de las mojaduras y el martilleo de la carena ó

comer y dormir en tierra en aquella noche de máscaras y de bulla populachera, teniendo como él tenía el corazón oprimido aún por la tristeza de la despedida. Las dos soluciones eran malas. Al fin le hizo decidirse la idea que le ocurrió de acercarse á sus hijas, la esperanza que se forjó de ver aunque fuese de lejos las luces de su baile, y quizá, si la suerte le ayudaba de abrazarlas otra vez.

Estaba chapoteando en el barro que cubría los muelles que todavía barrían de vez en cuando las olas blancuzcas á la luz de los faroles, cuando tropezó con un hombre que corría con un paquete debajo del brazo.

—¡Calla! ¡Fagan! ¿De dónde sale usted, hombre notable? Creía que se había usted largado.

—Pues ya ve usted: acabo de llegar— y después de contarle en dos palabras sus

aventuras Régis le preguntó: ¿Pero, y usted Barón, á dónde va tan corriendo cargado como un sastre que va á entregar?

Lo cierto era que no resultaba muy elegante para un *gentleman*, que según decía había corrido en los hipódromos quién sabe las veces, ir cargado con un paquete envuelto en percalina: y para acabar de desconcertarse, el Barón se acordó de pronto de que había dejado á su «autor insigne» marchar sin pagarle una pequeña deuda de cincuenta ó sesenta lises, resto de la última sesión de *ecarté*.

—Puesto que no tiene usted nada que hacer esta noche, querido Fagan, véngase á comer conmigo... Después de comer podremos jugar un par de horas porque la comparsa vendrá á buscarme tarde. La comparsa, eran ocho ó diez muchachos del círculo que disfrazados y en-

mascarados iban á recorrer los bailes y reuniones de Ajaccio, dando bromas como allí es costumbre las noches de carnaval: —Precisamente vengo ahora de buscar mi traje de Mephisto... Tenga usted cuidado con los dos escalones, querido; ya estamos en casa.»

Mientras subían la escalera de un viejo caserón, cuyo pasamanos y cuyas paredes chorreaban agua, Fagan que iba detrás escuchando sin decir nada, preguntó de pronto á Rouchouze:

—¿Entrarán ustedes en el Gobierno en la expedición de esta noche?

—¡Ya lo creo!... ¡Si esta noche hay allí baile y representación!

—Entonces, querido Barón, proporcíoneme usted un traje cualquiera y lléveme con la comparsa.

—Con mucho gusto...—dijo el otro, que haciendo este favor á su acreedor se